

porarse á su regimiento, quedó convenido entre los dos que en cuanto él pudiera escaparse volvería con un cirujano.

Juan no se marchó en seguida. Parecía que no podía resolverse á salir de aquella habitación. La ventana seguía abierta. Y desde su cama, con la cabeza alta, el herido miraba, en tanto que Juan y Enriqueta dirigían también sus miradas á lo lejos, en medio del pesado silencio que había acabado por abrumarle.

Desde aquella altura del cerro de los Molinos, veían la mitad de París, primero los barrios del centro, desde la calle de San Honorato hasta la Bastilla, después todo el curso del Sena, la orilla izquierda, un mar de tejados, de copas de árboles, de campanarios, de cúpulas y de torres. Era ya de día; la abominable noche, una de las más horrosas de la historia, había cesado. Pero, á la límpida claridad del sol naciente, los incendios continuaban. En frente, se veía el palacio de las Tullerías que seguía ardiendo, el cuartel de Orsay, los palacios del Consejo de Estado y de la Legión de Honor, cuyas llamas no brillaban tanto como por la noche. Más allá de la calle de Lila y de la calle de la Barca debían estar ardiendo otras casas, porque de la encrucijada de la Cruz Roja, y todavía más lejos, de la calle de Nuestra Señora de los Campos, subían columnas de chispas. A la derecha se extinguían los incendios de la calle de San Honorato, mientras que hacia la izquierda, en el Palais Royal y en el Louvre nuevo, no se propagaban unos incendios tardíos. Pero lo que Juan y Enriqueta no se explicaron desde luego, fué una gran humareda negra que el viento del Oeste llevaba hasta debajo de la ventana. Desde las tres de la mañana estaba ardiendo el Ministerio de Hacienda, sin llamas altas; se consumía en espesos remolinos de hollín, tanto era lo que se comprimía, en aquellas oficinas de te-

chos bajos, la inmensa acumulación de papelotes. Y aunque ya habían cesado la impresión trágica de la noche y el espanto de una destrucción total, quedaba una tristeza desesperada, con aquella espesa humareda cuya nube seguía extendiéndose y que no tardó en obscurecer el sol.

Mauricio, que empezó otra vez á delirar, murmuró:

—¿Está ardiendo todo? ¡Cuánto tarda!

A Enriqueta se le saltaron las lágrimas, como si su infortunio se hubiera aumentado con aquellos desastres inmensos, en los que había tomado parte su hermano, y Juan, que no se atrevió á darla la mano, ni á abrazar á su amigo, se marchó entonces haciendo un ademán de desesperación.

—¡Hasta luego!

No pudo volver hasta por la noche. A pesar de su gran inquietud estaba contento: su regimiento había quedado en reserva y recibido la orden de guardar el barrio, de suerte que él, vivaqueando con su compañía en la plaza del Carrousel, esperaba poder ir todas las noches á saber cómo seguía el herido. Y no volvía solo. Había encontrado por una casualidad al antiguo médico mayor del 106º, á quien llevaba por no haber podido encontrar otro y porque en medio de todo, aquel hombre terrible, con su cabeza de león, era un buen hombre.

Cuando Bourroche, que no sabía quien era el herido y que iba gruñendo por haber subido tantas escaleras, comprendió que tenía delante de sí á un comunista, se puso furioso:

—¿Se están ustedes burlando de mí? ¡Foragidos que se han cansado de robar, de asesinar y de incendiar!... Yo me encargo de curar á este, haciendo que le metan en la cabeza cuatro onzas de plomo! Pero al ver á Enriqueta tan pálida, con su mag-

nífica cabellera rubia tendida por la espalda, se calmó de repente:

—Es hermano mío. Ha sido del regimiento de usted y estuvo en Sedan.

El médico no contestó, quitó el vendaje de las heridas, las reconoció sin decir nada, sacó de sus bolsillos unos frasquitos y practicó la cura, enseñando á Enriqueta como había de arreglarse. Después preguntó bruscamente al herido:

—¿Por qué te has ido con esos pillos? ¿Por qué has hecho una porquería como esa?

Mauricio le estaba mirando, sin decir nada, desde que había entrado.

—¡Porque hay demasiadas iniquidades, y demasiada afrenta!—le contestó.

Bouroche hizo un ademán, como para decir que con semejantes ideas no podía hacerse nada bueno. Fué á hablar, pero se contuvo. Y se marchó, diciendo únicamente:

—Volveré.

Al salir, manifestó á Enriqueta que no se atrevía á responder de nada. Estaba interesado el pulmón. Podía declararse una hemorragia que mataría al herido.

Cuando Enriqueta volvió á entrar en la habitación, hizo un esfuerzo para sonreír, á pesar del golpe que acababa de recibir en medio del corazón. ¿No había de salvar á su hermano, no había de evitar la eterna separación de los tres que estaban allí reunidos con el ansia de vivir?

Pero, cediendo á su excitación febril, Mauricio hacía preguntas á Juan. Este no decía todo, no quería hablar de la cólera furiosa que sentía París contra la Commune agonizante. Estaban ya en miércoles. Desde el domingo por la noche, la gente estaba metida en los sótanos, temblando de miedo; y cuando se arriesgó á salir, el miércoles por la mañana, se exasperó terriblemente al ver las calles

desempedradas, los escombros, la sangre, y, sobre todo, los incendios. El castigo iba á ser tremendo. Se registraban las casas, se entregaba á las tropas la gente sospechosa que se cogía en ellas. Aquel día, á las seis de la tarde, el ejército de Versalles era dueño de la mitad de París, desde el parque de Montsouris hasta la estación del Norte. Y los últimos individuos de la Commune, unos veinte, habían tenido que refugiarse en la alcaldía del undécimo distrito, boulevard Voltaire.

Hubo un rato de silencio. Mauricio murmuró:

—En fin, la cosa marcha, París sigue ardiendo.

Era verdad. El resplandor de los incendios enrojecía de nuevo el cielo. Por la tarde, cuando voló con horroroso estruendo el polvorín del Luxemburgo, corrió la voz de que acababa de hundirse el Panteón. Durante todo el día habían continuado ardiendo los palacios de las Tullerías y del Consejo de Estado y el ministerio de Hacienda. Enriqueta había tenido que cerrar muchas veces la ventana, porque una infinidad de papeles quemados revoloteaban por el aire y caían en menuda lluvia. Todo París quedó cubierto de ellos; algunos fueron á parar á Normandía, á veinte leguas. Y no eran ya sólo los barrios del Oeste y del Sur los que ardían, las casas de la calle Real, las de la encrucijada de la Cruz Roja y de la calle de Nuestra Señora de los Campos: toda la parte oriental de la ciudad parecía incendiada; la inmensa pira de las Casas Consistoriales obstruía el horizonte con una hoguera gigantesca. Y también estaban ardiendo el Teatro Lírico, la alcaldía del cuarto distrito, y más de treinta casas de las calles inmediatas; sin contar el teatro de la Porte Sant Martín, situado en la parte del Norte, el cual ardía aislado, como una hacina, en el fondo de los campos tenebrosos. Se ejecutaban venganzas particulares, y quizás también cálculos criminales para destruir expedientes de importan-

cia y legajos de causas. No era cuestión de defensa, de detener con el fuego á las tropas vencedoras. Lo único que dominaba era la demencia. El Palacio de Justicia, el Hospital General, Nuestra Señora se habían salvado por casualidad. Destruir por destruir, enterrar bajo las cenizas de un mundo á la humanidad podrida, con la esperanza de que surgiese una sociedad nueva, inocente y feliz, en pleno paraíso terrestre de las leyendas primitivas.

—¡Lo que es la guerra, esa maldita guerra!— dijo Enriqueta, contemplando el pavoroso espectáculo de los incendios.

¿No era, en efecto, el último acto, la locura de la sangre que había germinado en los campos de batalla de Sedán y de Metz, la epidemia de destrucción producida por el sitio de París, la crisis suprema de una nación en peligro de muerte, en medio de las matanzas y de los hundimientos?

Pero Mauricio, sin separar la vista de los barrios que ardían, balbuceó lentamente, con esfuerzo:

—No, no maldigas la guerra... Es buena, está haciendo su obra...

Juan le interrumpió con una exclamación de rencor y de remordimiento:

—¡Dios santo! ¡Cuando te veo ahí, y sé que es por culpa mía!... ¡La guerra es una barbaridad, no la defiendas!

El herido murmuró:

—Tal vez sea necesaria esa sangría. La guerra es como la vida; no puede existir sin la muerte.

Y Mauricio cerró los ojos, fatigado por el esfuerzo que había hecho para pronunciar aquellas palabras. Enriqueta hizo una seña á Juan para que no discutiese. Y ella sentía una irritación profunda contra los padecimientos humanos, á pesar de su calma de mujer delicada y tan valiente, con su límpida mirada en la que revivía el alma heroica del abuelo, el héroe de las leyendas napoleónicas.

Pasaron dos días, el jueves y el viernes, en medio de los mismos incendios y de las mismas matanzas. No cesaba el fuego de artillería; las baterías de Montmartre, de las que se había apoderado el ejército de Versalles, cañoneaban sin descanso á las que habían establecido los federales en Belleville y en el cementerio del Padre Lachaise, y estas últimas arrojaban proyectiles á París. En la calle de Richelieu y en la plaza Vendôme habían caído granadas. El 25 por la noche toda la orilla izquierda quedó en poder de las tropas. Pero, en la orilla derecha, seguían resistiéndose las barricadas de la plaza del Château-d'Eau y de la plaza de la Bastilla. Eran dos verdaderas fortalezas, defendidas por un fuego terrible, incesante. Al anochecer, cuando se dispersaron los últimos individuos de la Commune, Deleseluze cogió su bastón y como quien va de paseo, se fué tranquilamente hasta la barricada del boulevard Voltaire, donde murió como un héroe. Al amanecer del día siguiente, 26, fueron tomadas las plazas del Château d'Eau y de la Bastilla. Los comunistas, reducidos á un puñado de valientes, no ocupaban ya más que la Villette, Belleville y Charonne, resueltos á morir.

El viernes por la noche, al ir Juan desde la plaza del Carrousel á la calle de los Orties, presenció en la calle de Richelieu una ejecución que le dejó trastornado. Desde la antevíspera actuaban dos consejos de guerra, uno en el Luxemburgo y otro en el teatro del Châtelet. Los sentenciados por el primero, eran pasados por las armas en el jardín, mientras que los del segundo, eran conducidos al cuartel Lobau, donde había piquetes permanentes que los fusilaban casi á boca de jarro. Allí fué, sobre todo, donde la matanza tomó proporciones aterradoras: hombres, muchachos, sentenciados por un indicio, por tener las manos ennegrecidas por la pólvora, ó por llevar zapatos de munición; ino-

centes denunciados falsamente, víctimas de venganzas personales, clamando justicia, sin conseguir que les escuchasen; rebaños arrojados en montón bajo los cañones de los fusiles, tantos infelices á un tiempo, que no había balas para todos y era preciso rematar á culatazos á los heridos. Todo el día estaban saliendo del cuartel carros cargados de cadáveres. Y en la ciudad conquistada, al azar de los arrebatos de furia vengadora, se hacían otras ejecuciones delante de las barricadas, contra las paredes de las calles desiertas, en las gradas de los monumentos. Así era como Juan había visto á unos vecinos del barrio llevando á una mujer y á dos hombres al cuerpo de guardia del Teatro Francés. Los paisanos demostraban más ferocidad que los militares; los periódicos que habían vuelto á publicarse, excitaban al exterminio. Una multitud enfurecida se encarnizaba con la mujer á la que acusaban de ser una de las petroleras que, según se decía, andaban de noche echando en los sótanos latas de petróleo ardiendo. Se aseguraba que aquella acababa de ser sorprendida en el momento de agacharse delante de un respiradero de la calle de Santa Ana. Y á pesar de sus protestas y de sus lamentos, la arrojaron con los dos hombres á una trinchera de barricada, y allí se les fusiló como lobos cogidos en un cepo. Unos transeuntes se pararon á mirar, entre ellos una señora con su marido; y un pinche de cocina que pasaba con una cesta en la cabeza, se puso á silbar un toque de caza.

Juan, helado de espanto, apretó el paso. De pronto, tuvo un recuerdo. ¿No era Chouteau, el antiguo soldado de su escuadra, á quien acababa de ver con la honrosa blusa blanca de obrero, presenciando el fusilamiento con ademanes de aprobación? ¡Y él sabía que Chouteau era un bandido, traidor, ladrón y asesino! Estuvo á punto de volver atrás, de denunciarle, de hacer que le fusilasen sobre los cadá-

veres de los otros tres. ¡Ay! ¡Qué cosa tan triste es ver como los más culpables se libran del castigo, como se pavonean con su impunidad, mientras que los inocentes se pudren debajo de tierra!

Enriqueta al oír el ruido de pasos, había salido á la meseta de la escalera.

—Tenga usted prudencia... Hoy está sumamente excitado... El doctor ha vuelto, me ha quitado las esperanzas.

Efectivamente, Bouroche había meneado la cabeza. No podía prometer nada. Acaso la juventud del herido triunfase de los accidentes que él temía.

—¡Ah! eres tú,—dijo Mauricio en cuanto vió á Juan.—Te esperaba. ¿Qué sucede? ¿Cómo anda eso?

Y recostado en las almohadas, frente á la ventana, señalando á la ciudad, otra vez iluminada por el resplandor de los incendios:

—Ya vuelve á empezar la función. París está ardiendo y esta vez es todo él.

Desde el anochecer el incendio de la Alhóndiga alumbraba los barrios lejanos. En el palacio de las Tullerías y en el del Consejo de Estado, habían debido desplomarse los techos, avivando el fuego con las vigas que se consumían, porque de cuando en cuando salían llamas y chispas. Hacía tres días que en cuanto anochecía empezaban de nuevo los resplandores, como si las tinieblas atizasen el fuego. ¡Ah! Ciudad infernal, que se enrojecía por la noche, encendida para toda una semana, alumbrando con sus antorchas monstruosas las noches de la semana sangrienta! Y aquella noche, cuando se quemaron los almacenes de la Villette, fué tan vivo el resplandor sobre la ciudad inmensa, que ésta parecía estar ardiendo por los cuatro costados.

—Se acabó,—repitió Mauricio,—¡París está ardiendo!

Se excitaba con estas palabras, repetidas veinte veces en una necesidad febril de hablar, después

de la pesada somnolencia que le había hecho estar casi mudo durante tres días. Pero un ruido de sollozos contenidos le hizo volver la cabeza.

—¿Qué es eso, Enriqueta?... ¡Tú, tan valiente... lloras porque voy á morirme!

Ella le interrumpió con viveza:

—¡Pero como no te morirás!

—¡Sí, sí, es mejor... No se perderá mucho con que yo me muera. ¡Te he dado tantos disgustos, he costado tan caro á tu corazón y á tu bolsillo!.. Hubiera tenido mal paradero. ¿Quién sabe? Una cárcel... un...

Enriqueta volvió á interrumpirle con violencia.

—¡Callal ¡calla!... Bien lo has pagado todo.

Mauricio se quedó pensativo por un instante.

—¡Cuando me muera, sí! ¡Ay! Juan, ¡qué favor tan grande nos has hecho á todos, con darme el bayonetazo!

Pero Juan, con los ojos arrasados en lágrimas, protestó también:

—¡No digas eso! ¡Quieres que me rompa la cabeza contra la pared!

Mauricio continuó:

—Acuérdate de lo que me dijiste al día siguiente de Sedán; que no venía mal recibir de cuando en cuando una buena paliza... Y añadiste que, cuando se tenía algo podrido, un miembro averiado, valía más cortarlo, echarlo al suelo de un hachazo, que irse muriendo á pedazos... Muchas veces me he acordado de aquellas palabras, cuando me he visto solo, encerrado en este París maldito. ¡Pues bien! Yo soy el miembro podrido que tú has cortado...

Su exaltación iba en aumento; no escuchaba las súplicas de Enriqueta y de Juan, aterrados. Y siguió hablando con una vehemencia febril, abundante en símbolos, en imágenes brillantes. La parte sana de Francia, la razonable, la bien equilibrada, la campesina, era la que suprimía á la parte per-

vertida, exasperada, maleada por el Imperio, extraviada por los ensueños y por los goces, y había tenido que cortar su misma carne, como si se arrancase el alma, sin saber bien lo que hacía. Pero el baño de sangre era necesario y de sangre francesa; un holocausto tremendo, un sacrificio vivo en medio del fuego purificador. El calvario había subido hasta la más espantosa de las agonías; la nación crucificada pagaba sus culpas é iba á renacer.

—Juan, tú eres el bueno y el fuerte... ¡Anda, coge la azada, coge la llana! ¡Labra el campo, reedifica la casa!... ¡Has hecho bien en matarme porque yo era la úlcera que corroía tus huesos!

En medio de su delirio, Mauricio quería levantarse, asomarse á la ventana:

—París está ardiendo, no va á quedar nada... ¡Ah! esas llamas que se lo llevan todo, que todo lo curan, yo las he deseado... ¡Bien trabajan, bien! Dejadme levantar, dejadme acabar la obra de humanidad y de libertad...

Le costó á Juan un trabajo impropio sujetarle en la cama, mientras que Enriqueta, desconsolada, le hablaba de su infancia, le suplicaba que se calmase. Y, sobre París inmenso, se había extendido más el resplandor; la mar de llamas llegaba á los límites tenebrosos del horizonte; el cielo era como la bóveda de un horno gigantesco, calentado al rojo claro. Y en aquel resplandor de los incendios, las espesas humaredas del Ministerio de Hacienda, que seguía ardiendo sin echar llamas, pasaban en una sombría y lenta nube de luto.

Al día siguiente, sábado, tuvo Mauricio una mejoría repentina: estaba mucho más tranquilo, la calentura había disminuido; y fué para Juan una gran alegría el encontrar á Enriqueta risueña, reanudando el ensueño de la intimidad de los tres en un porvenir de felicidad todavía posible, que ella no quería precisar. ¿Iría á cesar la mala suerte? Enrique-

ta pasaba los días y las noches sin salir de aquella habitación, donde su dulzura activa de cenicienta, sus cuidados suaves y silenciosos ponían una especie de caricia continua. Y aquella noche Juan estuvo más tiempo al lado de sus amigos. Las tropas habían tomado á Belleville y las Buttes Chaumont. Únicamente se resistía ya el cementerio del Padre Lachaise, transformado en un campo atrincherado. Juan daba todo por concluido; hasta aseguró que ya no se fusilaba á nadie. Habló de las conducciones de los prisioneros á Versalles. Por la mañana había encontrado una en los muelles; hombres con blusa, con gabán, en mangas de camisa, mujeres de todas edades, niños menores de quince años, un montón movedizo de miseria y de rebeldía empujado por soldados, y al cual se recibía en Versalles con silbidos, bastonazos y paraguazos; al menos así se decía.

Pero el domingo Juan se horrorizó. Era el último día de la semana terrible. Desde la salida triunfal del sol, en aquella mañana del día de fiesta, Juan sintió pasar el estremecimiento de la agonía suprema. Hasta entonces no se supo que el miércoles habían sido fusilados en la cárcel de la Roquette el arzobispo, el párroco de La Magdalena y otros muchos de los detenidos en rehenes por los comunistas; que el jueves habían sido cazados á tiros, como liebres, los dominicos de Arcueil; y que en el sector de la calle Haxo se había hecho el viernes una matanza de cuarenta y siete personas, entre las cuales había sacerdotes y gendarmes. Al saberse aquellos horrores, se apoderó de todo el mundo un furor de repaesalias. Las tropas fusilaron en masa á los últimos prisioneros que cogieron. Durante todo aquel domingo tan hermoso, no cesaron las descargas en el patio del cuartel Lobau, lleno de estertores, de sangre y de humo. En la Roquette fueron ametrallados en montón doscientos veintisiete infelices,

cogidos al azar de la redada. En el cementerio del Padre Lachaise, bombardeado durante cuatro días, y al fin tomado, sepulcro por sepulcro, se fusiló á ciento cuarenta y ocho. Entre los doce mil infelices á quienes costó la vida la Comune ¿cuántos hombres de bien hubo por cada pillol! Decíase que había llegado de Versalles la orden de cesar las ejecuciones. Pero, así y todo, se seguía matando, y Thiers iba á quedar como el asesino legendario de París, en su gloria de libertador del territorio; en tanto que el mariscal Mac Mahon, de quien había todavía en las paredes una proclama anunciando la victoria, era ya, únicamente, el vencedor del Padre Lachaise. Y París, asoleado y animado, parecía estar de fiesta. Un gentío inmenso llenaba las calles; los paseantes iban á ver los escombros humeantes de los edificios incendiados, muchas madres, llevando de la mano á sus hijos, se paraban un momento á escuchar con interés el ruido sordo de las descargas del cuartel Lobau.

El domingo por la tarde, después de puesto el sol, cuando Juan subió la escalera oscura de la casa de la calle de las Orties, llevaba el corazón oprimido por un presentimiento horrible. Entró, y en seguida vió el final inevitable. Mauricio muerto, ahogado por la hemorragia, como temía Bouroche. La roja despedida del sol se deslizaba por la ventana abierta; dos velas ardían encima de la mesa, á la cabecera de la cama. Y Enriqueta, de rodillas, se deshacía en llanto. Al ruido, levantó la cabeza y se estremeció al ver entrar á Juan. El, desesperado, iba á cogerle las manos, á mezclar su dolor con el de ella. Pero sintió trémulas las manos, comprendió que la joven se apartaba de él para siempre. ¿No había acabado ya todo entre los dos? La tumba de Mauricio los separaba. Y él también cayó de rodillas y se echó á llorar.

Sin embargo, á los pocos instantes, habló Enriqueta.

—Yo estaba vuelta de espaldas, con una taza de caldo en la mano, cuando él dió un grito. No tuve tiempo más que para acudir, y murió, llamándome á mí, llamándole á usted, también á usted y echando una bocanada de sangre...

¡Su hermano, su Mauricio idolatrado, á quien ella había educado y salvado! ¡Su única afección, desde que había visto, en Bazeilles, el cuerpo de su pobre Weiss, acribillado á balazos! Iba á quedar sola en el mundo, viuda, sin tener á nadie que la quisiera!

—¡Ay!—exclamó Juan.—¡Yo tengo la culpa!... ¡El pobre muchacho, por quien hubiera dado yo la vida... y le he matado!... ¿Qué va á ser de nosotros?... ¿Me perdonará usted alguna vez?

Y, en aquel instante, se encontraron sus ojos, y los dos quedaron aterrados con lo que en ellos leían claramente. Evocábase el pasado, la habitación escondida de Remilly donde habían transcurrido días tan tristes y tan tranquilos. El volvía á encontrar su ensueño, inconsciente al principio, apenas formulado después: la vida en Remilly, un casamiento, una casita, una heredad cuyo cultivo bastaría para proporcionar el sustento á una pareja buena y modesta. Juan tenía la seguridad de que, con una mujer como Enriqueta, tan cariñosa, tan activa, la vida hubiera sido una verdadera existencia paradisiaca. Y ella, á quien no había turbado antes aquel ensueño, veía ahora, lo comprendía todo, de repente. Ella misma, sin saberlo, había deseado aquel casamiento. Amaba á aquel hombre, á cuyo lado no había encontrado al principio más que consuelos. Y las miradas de los dos se decían eso, y no se amaban abiertamente, en aquel momento, sino para la despedida eterna. Se necesitaba todavía aquel horrible sacrificio. La felicidad de ambos, que era posible

la víspera, se hundía hoy con lo demás, arrastrada por la oleada de sangre que había matado á Mauricio.

Juan se levantó trabajosamente.

—¡Adiós!

Enriqueta permaneció inmóvil.

—¡Adiós!

Pero Juan se había acercado al cadáver de Mauricio, y miraba su frente despejada, que parecía más grande, su cara larga y delgada, sus ojos abiertos. Hubiera querido dar un beso en la frente á su muchacho, como le había llamado tantas veces; pero no se atrevía. Retrocedía ante el horror de la fatalidad. ¡Qué muerte aquella, en medio del derrumbamiento de un mundo! ¡En el último día, entre los últimos restos de la Commune expirante, se había formado aquella grandiosa y monstruosa idea de la sociedad destruída, de París incendiado, del campo labrado y purificado para que en él naciese el idilio de una nueva Edad de Oro!

Juan, lleno de angustia, se volvió para mirar á París. El sol, al declinar, iluminaba la inmensa ciudad con un ardiente resplandor rojizo. Los cristales de las ventanas chispeaban, como atizados por fuelles invisibles; los tejados relumbraban, como capas de carbones encendidos; los trozos de pared, los altos monumentos, de color de moho, relucían con chisporroteo de hogueras, en el aire de la noche. ¿Y no era aquello la pieza final, el gigantesco bouquet de púrpura, París entero ardiendo como un bosque seco y desapareciendo entre llamas y chispas? Los incendios continuaban, se oía un rumor inmenso, quizás el estertor de los fusilados, en el cuartel Lobau, quizás la alegría de las mujeres y la risa de los niños, que comían, después de un buen paseo, á la puertá de las tabernas. De las casas y de los edificios saqueados, de las calles desempedradas, de tantas ruinas y de tantos sufrimien

tos, se exhalaba aún la vida, en medio del centelleo de aquella regia puesta de sol.

Juan tuvo entonces una sensación extraordinaria. Le pareció que por encima de aquella ciudad ardiendo, asomaba ya una aurora. Era, sí, el final de todo; un encarnizamiento de la suerte, una acumulación tan grande de desastres, que ninguna nación los había tenido mayores: las derrotas continuas, las provincias perdidas, los miles de millones que pagar, las más espantosas de las guerras civiles ahogada en olas de sangre, montones de escombros y de cadáveres, perdidos el dinero y la honra, todo un mundo que era preciso reconstituir! El mismo dejaba allí su corazón destrozado, Mauricio, Enriqueta, su vida dichosa arrebatada por la tempestad. Y, sin emqargo, mas allá de aquel infirno, renacía la esperanza en el fondo del cielo sereno. Era el rejuvenecimiento seguro de la Naturaleza eterna, de la humanidad eterna, la regeneración prometida al que espera y trabaja; el árbol que echa nuevo ramaje después de cortadas las ramas podridas, cuyas hojas ponía amarillas la savia envenenada.

Juan repitió, sollozando:

—¡Adiós!

Enriqueta, con la cara tapada por las manos cruzadas, contestó sin levantar la cabeza:

—¡Adiós!

El campo estaba en barbecho, la casa estaba en el suelo; y Juan, el más humilde y el más dolorido, emprendió la marcha para el porvenir, para empezar la penosa cuanto sublime tarea de reconstituir á Francia.

F I N

